

El poder de la reconciliación

Pasajes del discurso pronunciado por el primer ministro Shinzō Abe en Pearl Harbor, Hawái, el 27 de diciembre de 2016

Texto completo en inglés: http://japan.kantei.go.jp/97_abe/statement/201612/1220678_11021.html

Presidente Obama, comandante Harris, señoras y señores, ciudadanos norteamericanos:

Estoy aquí, en Pearl Harbor, como primer ministro de Japón.

Detrás de mí hay una llamativa forma blanca sobre el azul del mar: el Monumento en Memoria del Arizona. He visitado el monumento, lugar de descanso para numerosas almas, junto al presidente Obama.

Es un lugar que me ha sumido en un completo silencio. Los nombres de los soldados que perdieron la vida aparecen allí escritos. Marineros e infantes de Marina oriundos de California, Nueva York, Michigan, Texas y otros muchos lugares, que trabajaban en la noble tarea de proteger el país que amaban, perdieron la vida aquel día entre abrasadoras llamaradas, cuando el buque Arizona quedó partido en dos por el bombardeo aéreo.

Setenta y cinco años después, el Arizona, que yace ahora sobre el fondo marino, es el lugar postrero de descanso para un tremendo número de marineros e infantes de Marina. Escuchando otra vez, con todos los sentidos alertas, junto a la canción que entona la brisa marina y el ruido de las olas, creo poder oír también las voces de aquellos tripulantes.

Todos y cada uno de aquellos soldados tenían un padre y una madre preocupados por su seguridad. Muchos tenían una esposa o una novia a quien amaban. Y muchos debían de tener también hijos a quienes habrían querido ver crecer. Todo eso quedó truncado. Ante esta innegable realidad, me he sentido enmudecer.

“Descansad en paz, preciosas almas de los caídos”. Embargado por el sentimiento, he lanzado unas flores, en nombre del pueblo japonés, a las aguas donde duermen aquellos marineros e infantes de Marina.

Presidente Obama, pueblo de Estados Unidos, pueblos de todo el mundo: Como primer ministro de Japón, presento mis sinceras y duraderas condolencias por las almas de aquellos que perdieron la vida aquí, por los espíritus de todos los valerosos hombres y mujeres cuyas vidas fueron arrebatadas por una guerra que comenzó en este lugar, y por las almas de



las incontables personas inocentes que murieron víctimas de la guerra.

No debemos repetir los horrores de la guerra nunca más. Este es el solemne voto que nosotros, el pueblo de Japón, hacemos. Y tras la guerra hemos creado un país libre y democrático que aprecia lo que significa el imperio de la ley y que ha mantenido con decisión nuestro voto de no hacer la guerra jamás. Nosotros, el pueblo de Japón, seguiremos manteniendo este principio inquebrantable, abrigando al mismo tiempo un silencioso orgullo por el camino que hemos recorrido como país amante de la paz durante los 70 años que han transcurrido desde el fin de la guerra.

Ante las almas de los soldados que descansan eternamente a bordo del Arizona, ante el pueblo norteamericano y ante todos los pueblos del mundo, me comprometo aquí, como primer ministro de Japón, a respetar este inquebrantable voto.

Ayer, en la Base Hawái del Cuerpo de Marines, situada en la bahía de Kaneohe, visité el monumento en memoria de un oficial de la Marina Imperial japonesa. Era el comandante Fusata Iida, un piloto de combate cuyo avión fue alcanzado por los disparos durante el ataque de Pearl Harbor y,

renunciando a volver al portaaviones del que había partido, dio media vuelta y murió en acción.

No fueron los japoneses quienes erigieron el monumento en el lugar donde se estrelló su avión. Fueron los soldados norteamericanos, que habían estado en la parte que había recibido el ataque. Ensalzando la valentía del piloto fallecido, erigieron el monumento de piedra. En la placa vemos el rango que ostentaba: “Teniente, Marina Imperial de Japón”, una demostración de respeto hacia un soldado que dio su vida por su país.

“Los valientes respetan a los valientes”, escribió Ambrose Bierce en un famoso poema. Mostrando respeto incluso por el enemigo contra el que luchaban, tratando de comprender incluso al enemigo al que odiaban. Ahí es donde yace el espíritu de la tolerancia que ha adoptado el pueblo norteamericano.

Cuando la guerra terminó y Japón era un país de escombros humeantes que se extendían hasta donde abarcaba la vista, en lamentables condiciones de pobreza, fue Estados Unidos y su bondadoso pueblo quienes con generosidad nos enviaron alimentos para comer y ropa para vestir. El pueblo japonés fue capaz de sobrevivir y salir adelante gracias a la ropa de abrigo y a la leche enviadas por los norteamericanos. Y fue Estados Unidos el país que franqueó el camino para que Japón se reintegrara a la comunidad internacional tras la guerra.

Bajo el liderazgo de Estados Unidos, Japón, como integrante del mundo libre, pudo disfrutar de paz y prosperidad. La buena voluntad que mostrasteis y la ayuda que nos prestasteis a los japoneses, ese enemigo que tan fieramente habíais combatido, junto al tremendo espíritu de tolerancia, han quedado profundamente grabados en los corazones y en las mentes de nuestros abuelos y abuelas. Y nosotros también lo recordamos. Nuestros hijos y nietos seguirán transmitiendo esa memoria y nunca olvidarán lo que hicisteis por nosotros.

Me vienen a la mente las palabras que aparecen inscritas en un muro del Monumento a Lincoln, en Washington DC, monumento que visité junto al presidente Obama: “Con malicia, hacia nadie; caridad, para todos... sigamos en la brega... para hacer todo lo que seamos capaces de hacer y mantengamos... una paz duradera entre nosotros y con todas las naciones”. Son las palabras del presidente Abraham Lincoln.

En nombre del pueblo japonés, quiero aquí expresar una vez más mi más sincera gratitud a Estados Unidos y al mundo por la tolerancia mostrada hacia Japón.

Han pasado 75 años desde aquel “Pearl Harbor”. Japón y

Estados Unidos, que libraron una guerra que quedará en los anales de la historia, se han convertido en aliados unidos por lazos tan estrechos y sólidos como pocas veces se encuentran en la historia. Somos aliados para afrontar juntos, todavía en mayor grado que el alcanzado hasta ahora, los muchos desafíos que surgen en todo el globo. La nuestra es una “alianza de la esperanza” que nos conduce hacia el futuro.

Lo que nos ha mantenido unidos es el poder de la reconciliación, hecha posible mediante el espíritu de la tolerancia. Lo que deseo hacer llegar a la gente de todo el mundo, aquí en Pearl Harbor, junto al presidente Obama, es este poder de la reconciliación. Aun hoy en día, los horrores de la guerra siguen sin poder ser erradicados de la faz de la tierra. No hay fin en la espiral del odio que crea odio. El mundo necesita espíritu de tolerancia y necesita el poder de la reconciliación ahora, muy especialmente ahora.

Japón y Estados Unidos, que han erradicado el odio y cultivado la amistad y la confianza sobre una base de valores compartidos están responsabilizándose ahora, especialmente ahora, recordando al mundo la importancia de la tolerancia y del poder de la reconciliación. Por eso es por lo que la alianza Japón-Estados Unidos es una “alianza de la esperanza”.

Pearl Harbor: esta bella ensenada, con ese brillo de perlas, es en sí misma símbolo de tolerancia y de reconciliación. Es mi deseo que nuestros hijos japoneses y, presidente Obama, vuestros hijos norteamericanos, así como sus hijos y sus nietos, junto a la gente de todo el mundo, continúen recordando Pearl Harbor como un símbolo de reconciliación.

No escatimaremos esfuerzos en nuestro intento por hacer de este deseo una realidad. Junto al presidente Obama, hago aquí mi más firme voto.

